

Está, además, el ingrediente del humor. Ocurre en el decir sabroso de los personajes, en las asociaciones idiomáticas, en situaciones absurdas. Humor sazonado con cierta dosis de poesía, de aire libre y sano, de ética salvadora.

En fin, cuenta la creación de excelentes personajes masculinos y femeninos del más variado tipo social. Predominan los de medio pelo, ordinarios, parranderos y de horizonte limitado. El desafío estribaba en construir con ellos un mundo que no fuera mediocre. El milagro ocurre a través de don Recaredo, "una rara mezcla de don Quijote, Cid y rey Lear". Es el agente catalizador de las energías del grupo farrero. Actúa en parte produciendo temor, en parte por ascendiente positivo. Su quehacer se enmarca en una tradición de auténtico e inesperado señorío. Es personaje sorprendente que, curiosamente, no despierta antipatía en el lector. Su personalidad se explica en cuanto "llevaba pegado el terruño ancestral". Era hombre ajeno a este siglo, más bien de la colonia, de fina estirpe goda. Contrasta notablemente con los fiesteros antes vistos, y de tal contraste surge la posibilidad de salvación interior que caracteriza a la novela.

Hernán Poblete Varas, en resumen, ha escrito una obra amena, sana, graciosa, con incursiones notables por la psicología de nuestra gente de clase media y con asomos a una ética superior simbolizada en una personalidad distinta y bien delineada.

Hay momentos encantadores en la novela, como el del baño al aire libre y el del desenlace mismo.

Estamos ciertos que "El Voltiche de la Revolpita", a pesar de su enrevesado título, llegará a muchos lectores.

HUGO MONTES

<https://doi.org/10.29393/At451-24ESVM10024>

ESCRITURA SECRETA

De Fernando González Urizar

Editorial Aconcagua. Santiago

En los poemas líricos es fácil distinguir la enunciación en los primeros versos. Es un camino para que el poeta pueda llegar hasta la cima de la canción, como si fuera un estallido de luz, de emociones, a veces opuestas. He ahí una de las sorpresas de la poesía.

González-Urizar en un primer verso nos conduce por mundos pletóricos de vivencias. Lo hace con palabras precisas, sin adornos. Las metáforas quedan insinuadas. Dice el poeta:

"Quiero urdir mi canción, tramar su luz". Es decir, hay que disponer las ideas y sus hilos para hacer un trabajo, para tramarlos con fuerza y razón de ser. Esa canción, conseguida con voluntad, puede ser como un conjunto de vibraciones que la luz contiene, un resplandor que fosforece en el corazón. "Simple y breve será: sólo un color, —un puro crisantemo en una copa—. Con sonido y silencio la he de hacer".

Gran desafío estético significa combinar los sonidos y los rumorosos silencios. Tal vez, sea posible, porque el sonido se olvida, mientras que el silencio tiene virtualismos que los poetas descubren.

"Para nombrar lo que de mí se esfuma —el ser que soy quiere juntar sus trozos".

Estos dos versos expresan el deseo de reconstruir y alcanzar el tiempo que fue, para recuperar las movedizas etapas del vivir.

Dice el poeta: "Vivo para llorar lo que de mí se escapa: —hermosura, vigor, la luz distinta. De esa fuga retengo el esplendor/ y el hueso que la muerte agujijonea".

En otro poema hay como una explicación de la "escritura secreta". "Aún es tiempo, reúne perdidas imágenes, canta". Y se completa el verso con la frase lírica y realista: "Nada hay tan bello como los dones del instante". Sin duda esos retazos de existencia contienen la explicación de la vida entera de un ser. ¡Qué extraordinario y sicólogo es este poeta, que habla con voz suave, llena de ideas!

"Música nocturna —hila su trama de silencio y luz". De nuevo aparece el silencio, ahora como totalidad, porque el silencio poético equivale al color blanco, síntesis de todos los posibles colores.

"No vayas más allá de tu contorno —ni salgas de ti mismo".

Ese repliegue íntimo es un viaje en busca de la verdad, sin caer en las apariencias, sin saltar lejos de la propia sombra. Recuerda la danza del diablillo que, en los momentos de la Comedia del Arte, danzaba, sin poder agarrar su cola. Sabido es que, en los poetas, anida el secreto de la vida, y que el contorno de las personas está lleno de sorpresas y misterios.

Comienzo de otro poema que obliga a pensar: "Goza, goza el color, la luz, el oro, —la piel que ningún tacto ha marchitado".

En la misma composición se dice: "Goza hasta que el afán se vuelva cárcel —y se apague la luna en tus espejos. —Más vale una quimera pensativa— que cien pares de gruesas realidades".

Aparentes contradicciones ofrecen estos poemas, en los que prevalece el valor de la palabra, su categoría lírica. El pensamiento, las secuencias, dan saltos. Rudo trabajo para un gran poeta. Por eso, la repetición del vocablo "silencio", el juego de la realidad y de su apariencia.

Fernando González-Urizar, autor de varios libros de poesía escribe sin que una palabra atropelle a otra, evita lo que se considera inútil, prodiga las frases truncas, incita al lector a que reconstruya los poemas, de acuerdo con su circunstancia sentimental.

Varios de sus poemas originan sobresaltos, su escritura secreta, íntima, rasga ceremonias, dice, por ejemplo, "que no volverá la sed a ser la misma".

Afirma que sus variantes líricas las dibuja "lo mismo que un clavel da su aroma".

Un azar melodioso, propio del endecasílabo, une y separa sus palabras. En medio de algún verso, aparece lo secreto, lo esencialmente subjetivo. Diríase que ha estrujado el fruto, el aroma y la semilla.

El misterio de este cantor se insinúa en unos versos: "Como hielo de cumbres, el 'silencio' bellísimo —el sol de la palabra apenas dora y lame. —Si mi sangre lo besa, mana claro el sentido— y se anega el poema de música callada".

VICENTE MENGOD